

COLOQUIO EN CASTELLANA 61

Francisco José Cortés Uría

*Capitán de fragata
Profesor de la ESFAS.*

Y en diciendo esto, sacó del pecho un cartapacio y le puso en las manos del licenciado, el cual le tomó riéndose y como haciendo burla de todo lo que había oído y de lo que pensaba leer.

CERVANTES. *El casamiento engañoso
y Coloquio de los perros.*

La expansión urbanística decimonónica de Madrid nos ha dejado edificios admirables para disfrute de paseantes. Los más curiosos e ilustrados acompañarán el puro deleite artístico con el recuerdo de hechos y circunstancias de diversa índole asociados a esas construcciones. Pero incluso a estos últimos se les escapa la realidad de la vida que dentro de ellas transcurre, de la que sólo sus moradores entienden, aunque ignoren más de un secreto oculto entre las paredes.

Los hechos que aquí se cuentan sucedieron en una de esas construcciones, que no es hoy foco de especial atención de madrileños y turistas, que pasan por sus inmediaciones casi siempre con más rapidez de la deseable y sobre ruedas. De igual modo, y a pesar de la mayor tranquilidad de la vida de entonces, es muy probable que, en medio de los acontecimientos de aquel año de 1898, ni vecinos ni paseantes estuvieran muy pendientes de la finalización de las obras del número 61 del Paseo de la Castellana. Desde entonces y a lo largo de los casi 103 años transcurridos, acostumbrados ya a sus formas y colores, tampoco habrán despertado su interés las sucesivas ampliaciones, poco llamativas por su respeto escrupuloso del estilo originario.

Por el contrario, los utilizadores del edificio no han podido ser ajenos a las notables modificaciones realizadas, desde las habidas para acoger al Centro que le dio nombre durante más de medio siglo: la Escuela Superior del Ejército, de tan relevante labor académica y doctrinal; hasta las últimas ejecutadas para dotar de infraestructura al cambio orgánico que articuló la recién creada Escuela Superior de las Fuerzas Armadas junto a la ya existente Escuela de Altos Estudios de la Defensa en el seno del Centro Superior de Estudios de la Defensa Nacional (CESEDEN), que hoy ocupa el número 61.

Pero tan intenso y prolongado afán modernizador en pos de la mejora y actualización funcional no ha alterado totalmente el aspecto del interior. La amplia galería de la planta baja, eje longitudinal de la construcción que da frente a la Castellana, conserva todavía un aire antiguo con sus altos techos, paredes cubiertas de retratos de personalidades, vidrieras y otros adornos como algún pequeño grupo escultórico. Su parte central se ensancha para

dar realce a la entrada principal y facilitar el acceso al piso superior mediante una escalera monumental, guarnecida en su arranque por dos notables armaduras de justas del siglo xvi.

Durante el día todo el edificio, incluida la noble galería, bulle con el incesante ir y venir de sus muchos ocupantes —sólo los que cursan estudios llegan a alcanzar el número de cuatrocientos—, pero, conforme la noche avanza, el lugar se aquieta y los únicos signos de vida los pone la gente de guardia y unos pocos estudiantes residentes, que se recogen en contadas habitaciones. La galería de la planta baja permanece entonces tranquila y oscura, sin que nada ni nadie turbe su merecida tranquilidad.

En una de esas noches, el comandante Gálvez, concurrente del II Curso de Estado Mayor, se había quedado investigando en la biblioteca hasta tarde. Cuando, recogidos sus libros y ordenador portátil, salió a la galería, se vio sorprendido por unas voces que parecían proceder de las inmediaciones de la puerta principal. Creyendo que se trataría de unos compañeros de curso hacia allí se encaminó, pero cuando alcanzó la entrada las voces ya se habían apagado y no encontró a persona alguna.

Pese al cansancio, conservaba el afán investigador que había presidido su actividad de consulta de libros y páginas web, así que decidió averiguar cuál era el origen de aquellas voces, que estaba seguro no eran fruto de su imaginación. Abandonó el lugar siguiendo el camino natural de subida a la residencia para, una vez en el segundo piso, descender por la parte del ala de la calle Zurbarán a los bajos del edificio; a través de éstos accedió a una pequeña y poco visible escalera que sale a un rellano contiguo a la entrada. Era un buen sitio para observar sin ser visto, de manera que allí se acomodó como pudo, oculto pegado a la pared.

Pasó un tiempo considerable sin que nada sucediera. A punto estaba de cejar en su empeño, cuando notó que se reanudaba la misteriosa conversación, primero como un susurro y luego en el tono normal en el que dialogan dos personas próximas. Sin haber conseguido todavía ver a nadie, comprobó que los que de manera tan misteriosa hablaban estaban bautizados, bien que con unos nombres poco corrientes: Gome y Lope. A medida que el coloquio avanzaba, se fue haciendo evidente lo que en un principio el comandante se había resistido a creer: en la zona no había otra persona oculta que él mismo, eran las dos armaduras que flanquean la escalera central las que conversaban, ahora ya animadamente.

Asombrado, escuchó con atención el coloquio hasta que finalizó y volvió luego a su habitación. En la soledad de su alcoba meditó largo tiempo sobre lo que acababa de vivir. En un principio se le ocurrió que, estando tan próximo el año 2001, podría tratarse de uno de esos fenómenos extraños que, según algunos, anuncian los grandes acontecimientos, normalmente trágicos, que acompañan a fechas tan señaladas. Desechada esta posibilidad en virtud de los argumentos que le proporcionaban las muy limitadas consecuencias del llamado efecto 2000, entró a considerar el asunto más filosóficamente al acordarse de la representación de *La vida es sueño* que acababa de presenciar en el Teatro de la Comedia, y de esta manera acabó debatiéndose en las mismas dudas que Segismundo:

*porque si ha sido soñado
lo que vi palpable y cierto,
lo que veo será incierto;
y no es mucho que, rendido,
pues veo estando dormido,
que sueñe estando despierto.*

En último término, animado al considerar el final feliz —al menos para el príncipe— del drama calderoniano, se persuadió de la realidad del momento y se dispuso a dar fe por escrito de lo sucedido, procediendo a anotar, ayudado por la práctica habitual en hacer sumarios de conferencias, la conversación entre los residentes de las armaduras. Sin embargo, temeroso de no ser tomado muy en serio, contuvo sus deseos de contarle por algún tiempo, hasta que un fin de semana que vino a comer a mi casa —el comandante Gálvez es mi cuñado—, en un aparte me hizo partícipe de su extraña experiencia, pasándome sus notas para que hiciera con ellas lo que yo quisiera, pues él prefería olvidarse lo antes posible de ese asunto y concentrarse en la marcha del Curso.

Por mi parte, en un principio interpreté tan extraordinario comportamiento del comandante como una consecuencia más del considerable estrés que, tengo entendido, se apodera de los concurrentes a este Curso en más de una ocasión. Luego, tras una lectura sosegada de las notas, llegué al convencimiento de que su contenido merecía ser difundido, con independencia de la realidad o virtualidad de los hechos.

La única dificultad, pensé, sería la de encontrar acogida para darlo a la imprenta, pues mi trabajo de mera transcripción era bien sencillo en virtud de lo completo del registro del comandante, que traslada una conversación lógica y coherente en toda su extensión. De manera que me atreví a intentarlo en una publicación del CESEDEN, alegando cierta competencia en razón del lugar, único argumento posible al objeto de estimular la benevolencia del consejo de redacción, para que admitiera un trabajo de copia de la descripción de unos hechos en unas páginas acostumbradas a recibir sesudos ensayos.

Las anotaciones vienen datadas en el mes de diciembre de 2000, llevan escrito el título de «Coloquio en Castellana 61» y contienen la siguiente conversación, que se transcribe tal y como figura en el registro original, sin añadir absolutamente nada a lo escrito por el comandante:

«— *LOPE*: Parece que ya podemos, amigo Gome, seguir con nuestra conversación, ahora que la tranquilidad ha vuelto a nuestros pasillos. Por cierto, que andábamos enredados con las consabidas observaciones sobre la curiosa manera en que nuestro lenguaje se ha ido acomodando a lo largo de todos estos años al vulgar de cada tiempo, aunque mantengamos siempre algunas expresiones de nuestra época, que para olvidarlas menester sería gozar de este privilegio del habla con mayor frecuencia. Pero mejor será que reanudemus nuestra conversación con algo distinto y fresco, que nos tenga entretenidos antes de que estos pasillos recobren su fabril rutina.

— *GOME*: Tan bien me parece lo que dices, que pasaré directamente a proponerte un asunto que se me ocurrió durante el silencio obligado por la interrupción del importuno comandante. Verás, desde la inauguración de la nueva Escuela en la que cursa estudios ese oficial, mucho ha aumentado la actividad en este edificio, y esto es algo que debemos agradecer, aun cuando vaya en detrimento de nuestra intimidad; y eso es así tanto en virtud de la alegría que siempre trae consigo la gente joven, como por la oportunidad que nos ofrece de enterarnos de muchas más cosas por las indiscreciones de los que por aquí pasan, ahora en mayor número. Justo es, por tanto, que dediquemos algo de nuestro preciado tiempo a tratar ese nuevo Curso de Estado Mayor que atienden en compañía los oficiales de los tres Ejércitos.

— *LOPE*: Tu idea se me antoja muy atractiva, sobre todo porque se trata de un asunto no exento de dificultad, pues son tantas y tan dispares las cosas que desde nuestra privilegiada posición hemos oído decir, que aconsejable será analizarlas con cuidado para llegar a conclusiones verdaderas. A mí, en primer lugar, lo que me gustaría alcanzar son las razones por las que este Curso de Estado Mayor se considera distinto a otros muchos de la carrera militar.

— *GOME*: A esta primera cuestión creo que puedo dar respuesta, pues me parece que la diferencia se deriva directamente del objeto mismo del Curso: la educación de oficiales de Estado Mayor. Aquí entran oficiales en la mitad de su carrera, que han desarrollado hasta ahora en el ámbito de la ejecución, siguiendo las más de las veces procedimientos establecidos; y de aquí salen oficiales preparados para apoyar las decisiones de órganos de mando y otros órganos relacionados con la seguridad y defensa. Pienso que no se distingue este Curso mucho en su naturaleza de otros del ámbito civil que llaman maestrías, en los que también se educa a profesionales con experiencia para dar un salto cualitativo en su formación, salto que sólo es posible en esas condiciones de madurez.

— *LOPE*: Esto que me dices, amigo Gome, poco o nada me aclara, pues en esa labor de aprendizaje, al igual que en cualquier otra de carácter profesional, habrán de adquirir una serie de conocimientos, además de familiarizarse con la práctica de las actividades que hayan de realizar en sus destinos. Sigo en consecuencia sin ver la distinción.

— *GOME*: Trataré de explicarme mejor, que muy mal debo de haberlo hecho, pues te tengo por persona culta y diligente, capaz de comprender las más abstrusas razones. A mi entender, la diferencia radica en que, para poder asesorar en los muy diferentes y complejos problemas que se les presentarán, los conocimientos, con ser necesarios, no son lo más importante. Lo fundamental es que aprendan a utilizar eficazmente su inteligencia, porque las situaciones a las que habrán de hacer frente serán siempre distintas y exigirán un análisis concienzudo y crítico. Además, son tantos los conocimientos de todo tipo que se precisan en sus futuros destinos, que es imposible impartirlos en un periodo de tiempo razonable; no queda más remedio que dejar la profundización en todos esos aspectos concretos al esfuerzo individual una vez incorporados a sus puestos.

Porque habrás de saber que la labor de estudio de estos oficiales no finaliza con el Curso, sino que debe continuar a lo largo de toda su carrera. Por eso, es uno de los objetivos del Curso estimular esa inquietud por aumentar continuamente su saber, haciéndoles ver al mismo tiempo que el verdadero saber no consiste en una mera acumulación de información más o menos actualizada, sino que es imprescindible se enriquezca con esa parte clave del conocimiento adquirido mediante las conclusiones de cada uno, fruto de los propios descubrimientos en el estudio y la investigación.

En suma, ese objeto principal de transformar unos buenos ejecutores en unos buenos críticos convierte el Curso, al decir de muchos, en nada más y nada menos que un proceso de apertura de mentes. Y, contestando ahora más directamente a tu pregunta, he de decirte que esto es algo que no puede conseguirse por los mismos procedimientos que en un curso de especialización, por ejemplo.

— *LOPE*: Ahora sí que creo haberte entendido, pues acabo de encontrar sentido a aquella otra expresión, que varias veces había oído en esta escalera, de que con este Curso

no se pretende que los oficiales memoricen un sinnúmero de reglamentos, sino que sean capaces de cambiarlos o suprimirlos según lo aconsejen las circunstancias de cada momento.

— *GOME*: Es un buen ejemplo el que esa sentencia propone, aunque sólo refleja un aspecto parcial de la futura actividad de estos oficiales. Ten en cuenta que los problemas a los que se deben enfrentar van mucho más allá del campo de las normas y se dan en situaciones muy complejas. Por eso, precisamente, se necesitan oficiales capaces de estudiar cada nuevo problema en su situación concreta y darle solución original.

En consecuencia, lo que realmente vale es esa capacidad que aquí adquieren de resolver los problemas que se dan en los altos niveles de dirección de los órganos de Defensa: problemas estratégicos, orgánicos, administrativos, logísticos, operativos y de cualquier otra naturaleza o, lo que suele ser más habitual, combinación de varios. De lo que se trata es de hacerlos unos espíritus inquietos, que no se conformen con soluciones convencionales, sino que se interesen por llegar al fondo de las cuestiones. Y he oído decir que esto es cada vez más necesario en el mundo actual que llaman de la información, en él que el discernimiento y análisis de lo que es verdaderamente relevante cobra aún más valor ante la abundancia de datos.

Para conseguir todo esto no basta con unos estudios a la manera habitual, dirigidos a parcelas concretas del conocimiento, se necesita una educación amplia orientada a garantizar la correcta conducción de los pensamientos. Y esto sólo puede conseguirse a través de una exquisita mixtura de conocimientos nuevos, investigación personal y prácticas tanto individuales como en equipo, que será la combinación de trabajo individual y en grupo, normalmente, la base de su actividad como miembros de los órganos en los que van a servir.

Y, a lo que me parece, esta forma de educar no nos es desconocida, en virtud de las veces que se ha hablado en nuestra presencia de la llamada «Carta de Esles», que es el documento fundacional de este Centro, en la que se recogen los criterios educativos que te he mencionado y se añade otro no menos importante: la plena libertad de exposición y de expresión.

— *LOPE*: En efecto, Gome, y eso que dices me recuerda unos comentarios que me llegaron acerca de un profesor y publicista del nuevo mundo, un tal Foster, quien afirma que el logro de un ambiente educativo que propicie esa apertura de mentes de la que hablas ha de basarse en cuatro actividades básicas: la lectura, para profundizar en el conocimiento; la discusión, para apreciar otros puntos de vista y defender los propios; la investigación, para aprender cómo hacer buenas preguntas y encontrar respuestas acertadas; y, por último, la escritura, para estructurar los pensamientos y articularlos de manera clara y coherente.

Y te pido disculpas por traer una cita de ultramar para hacer patente ciertos presupuestos de lo que creo es parte de la educación clásica europea, aunque debo decirte que este autor utiliza como referentes a escritores del Viejo Continente, como, cuando para referir la especial relación que se asegura existe entre el pensar y el escribir, cita a Cervantes en figura que yo te traslado directamente del Quijote: «la pluma es la lengua del alma: cuales fueren los conceptos que en ella se engendraren, tales serán sus escritos».

— GOME: Muy cierto anda ese autor que citas, pues, por lo que he oído, esas cuatro actividades constituyen la base del Curso que estamos tratando, no sólo aquí, sino en otras naciones europeas. Y es de ver como la que mayor rechazo provoca entre nuestros estudiantes es la de la escritura, pues les parece que se les exige en demasía, cuando tan cierto es que pensamientos que no se han articulado por palabras escritas tienen escaso valor. Creo que el rechazo se produce en razón de su dificultad, y a este respecto te traigo yo una cita de este lado del Atlántico, del francés Julien Green, que afirmaba que el problema del escritor se resume en el hecho de que, mientras el pensamiento vuela, las palabras van a pie.

En fin, el caso es que esta manera de hacer las cosas en el Curso exige mucho de todos los oficiales implicados: profesores y estudiantes, siendo imprescindibles el entendimiento y colaboración entre todos ellos, pues de otro modo los resultados, por mucha que sea la dedicación y entrega, no serán buenos. Los profesores han de realizar su actividad académica ante otros oficiales de su misma calidad e iguales o superiores en el plano intelectual, a los que sólo aventajan en razón del mayor tiempo de reflexión que han podido dedicar a los temas tratados. Para ser eficaz guía de los alumnos, no pueden limitarse a leer lecciones magistrales, sino que han de estar en contacto continuo con los estudiantes, facilitando la discusión y estimulando la crítica a la que siempre están expuestos. Esto no es sencillo y exige tanto honradez intelectual como mucha preparación, de modo que a la deseable experiencia previa en estados mayores deben añadir los profesores un periodo no corto de estudio y profundización una vez llegados a la Escuela. Siendo esto así, como lo es, puede decirse que no hay profesor que rinda verdaderamente hasta llevar al menos un año en el claustro.

En cualquier caso, más que en la preparación personal de los profesores, la verdadera dificultad en este tipo de cursos radica en la coordinación entre todos ellos. La imprescindible *comunidad con la finalidad, metodología y objetivos del Curso, el permanente espíritu de colaboración y la necesaria actuación coordinada y concurrente al fin común, con independencia del departamento y ejército de procedencia, son algo complejo y muy difícil de lograr, que exige mucha reflexión y práctica por parte de todos y que, en consecuencia, requiere su tiempo.*

Porque esas cuatro actividades básicas de las que hablabas son también fundamentales para los profesores, en particular el intercambio de puntos de vista, que es de todo punto imprescindible, pues, si un profesor no expone sus propias conclusiones a la crítica de sus compañeros, no sólo desaprovecha una oportunidad única de enriquecerlas, sino que se pone en riesgo de desvío y encasillamiento. De otra manera, sin estos presupuestos que te acabo de decir, la enseñanza, lejos de avanzar, se iría degradando de curso a curso.

— LOPE: Como yo lo veo, tanto o más difícil es la posición de los estudiantes, desde cuya perspectiva es muy difícil tener una idea clara del concepto del Curso, de manera que se adentran en él haciendo un considerable esfuerzo sin llegar a ver resultados palpables hasta que está ya muy avanzado. Y es que ese proceso de apertura de mentes es difícil de entender para quien está acostumbrado a seguir procedimientos establecidos y a tomar decisiones, casi siempre intuitivas, en el fragor de la acción.

Es por eso, que la mayor parte, a la hora de enfrentarse con los complejos problemas que se les plantean, buscan siempre un manual que, a modo de recetario, les facilite la solución mediante la aplicación de una fórmula o el mero cumplimentar de unos apartados. Es natural que el no encontrarlos les produzca frustración, porque no es fácil, y se tarda mucho tiempo, en llegar a comprender que tales recetarios o fórmulas mágicas no existen ni pueden existir, en reconocer que los sistemas de ayuda a la decisión con los que se cuenta son simples herramientas, que de nada sirven si no se las alimenta con el fruto del entendimiento del que las emplea.

Otra dificultad importante con la que se encuentran es que el tiempo disponible se les antoja insuficiente para realizar adecuadamente la cantidad de trabajo de todo tipo que se les asigna. Éste es un aspecto que deben solucionar de igual manera que lo harán en sus futuros destinos: estableciendo prioridades y acomodando el esfuerzo a las capacidades y circunstancias personales, que serán las que determinen el rendimiento del Curso, distinto para cada uno de ellos, como no podía menos de suceder en un Curso de esta naturaleza. Y por lo que llevamos tratado infero que los profesores pueden asegurar unos mínimos comunes, pero el salto cualitativo que el Curso pretende sólo puede provocarlo el estudiante con su voluntad y esfuerzo.

Pero, ahora que hablamos de profesores y estudiantes, me gustaría llevar nuestra conversación al campo de las relaciones entre ellos, porque me ha llamado poderosamente la atención lo tensas que son en ocasiones, sin que alcance a ver la razón, dado el interés del Curso y lo realmente atractivo y motivador de la labor de unos y otros.

— *GOME*: Muchas son las razones que enfrentan a los hombres, aún amigos y compañeros, en cualquier circunstancia de la vida, derivadas las más de las veces de nuestras debilidades, pero tengo para mí que en esta actividad académica se dan unas circunstancias especiales que propician un cierto enfrentamiento.

Por un lado, los profesores se ven ante un auditorio exigente y crítico, lo que, siendo no sólo deseable sino imprescindible para el éxito académico como ya hemos comentado, exige de ellos una gran preparación y honestidad intelectual. Se puede caer en la tentación, sobre todo cuando uno todavía no se siente seguro, de distanciarse del alumno para evitar un contacto del que se pueda salir debilitado. Es algo que desaparece con el tiempo, porque el profesor, una vez que ha comprendido el concepto y procedimientos del Curso y ha adquirido experiencia, tiende a aumentar la comunicación con los estudiantes y así conducirlos más fácilmente a la obtención de sus propias conclusiones. Y he oído comentar a un baqueteado profesor que de lo que más disfrutaba era de lo que él llamaba el cuerpo a cuerpo con los concurrentes, en el que, además de alcanzar los fines académicos, puede poner a prueba sus propias capacidades ante rivales de entidad.

Por parte del alumno, es todavía más comprensible esa predisposición al encono, ya que los procedimientos académicos que se siguen le enfrentan con sus propias limitaciones intelectuales, que, por sí fuera poco, se ponen en ocasiones de manifiesto ante compañeros y profesores. Algún recóndito mecanismo de autodefensa nos lleva muchas veces a proyectar sobre personas y sistemas esas frustraciones, que no son sino consecuencia de nuestras naturales limitaciones, que, por otra parte, es bastante conveniente que alguien nos ponga de manifiesto en su justo término; y qué mejor lugar para ello que el

de una escuela, evitando de esta manera que la realidad del trabajo sea la que lo haga con las inevitables consecuencias. Bien es cierto que conforme el Curso avanza, también los concurrentes van apreciando el valor de los procedimientos y poniendo las cosas en su justo término.

— *LOPE*: A lo que me parece llevas mucha razón, no en vano ya afirmó el clásico que conocerse a sí mismo es el más difícil de todos los conocimientos. Con todo esto enlaza otro comentario que muchas veces he oído en boca de estudiantes, que se quejan sobre todo de las duras críticas a las que muchas veces les someten los profesores en público, hasta el punto que muchos lo consideran una humillación de todo punto innecesaria. Pero por lo que tú me dices infiero que tiene el mismo objeto del que hablabas antes, y que en esas equivocaciones, puestas de tan dramática manera de manifiesto, no volverán a caer en el resto de su vida profesional.

— *GOME*: Eso reza, en mayor medida, para los fallos en los planteamientos y formas de las exposiciones que sólo los demás te pueden hacer ver. Pero a esas razones, que se refieren a detalles concretos de procedimientos, debes añadir la más genérica e importante que se deriva del rigor y precisión que se les exige en su trabajo, pues no es lo mismo un comentario informal entre compañeros en un cuarto de banderas o cámara de oficiales, que la exposición de un análisis crítico para fundamentar una grave decisión de un mando, de la que normalmente dependerán importantes recursos, cuando no el más importante de todos: las vidas humanas.

Los profesores consideran las críticas de los ejercicios fundamentales, hasta el punto de estimar que no se puede dar por finalizado un ejercicio sin la crítica correspondiente. Y la dificultad no estriba en llamar la atención sobre los fallos de forma, sino sobre la manera de corregir o mejorar los resultados obtenidos, las soluciones. Porque, tratándose habitualmente de problemas complejos, no suele ser posible presentarles una solución óptima, pues en la mayor parte de los casos sólo la realidad, anticipada en ocasiones por la simulación, podrá certificar la bondad de las soluciones. En consecuencia no se critican las soluciones que alcanzan, sino la forma en la que han conducido sus pensamientos para llegar a ellas, esto es, el método. Esto suele dejar insatisfechos a los estudiantes, que preferirían se les mostrara una solución concreta, pero como te he dicho esto sólo es posible en contadas ocasiones.

Lo que nos lleva de nuevo a considerar, enlazando ahora con el publicista que citaste, que al final del Curso, la bondad de los resultados se mide más por la apertura de mentes que ha logrado que por la cantidad de conocimientos adquiridos. En realidad...

— *LOPE*: Perdona que te interrumpa, pero esas toses que acabo de oír me hacen temer que no estamos solos y que alguien puede descubrir, si es que ya no lo ha hecho, nuestro raro privilegio. Menester será que callemos por una buena temporada.

— *GOME*: Sea como dices, que en tales circunstancias no es prudente continuar con nuestro coloquio.»

El frío de la noche invernal provocó la tos del comandante Gálvez, alertando a los contertulios y privándonos del resto de su coloquio. Para frustración de aficionados a las observaciones de fenómenos paranormales, los intentos posteriores de observación del

suceso resultaron infructuosos, pese a la colaboración de verdaderos especialistas en la medición científica de energías poco conocidas.

Pero, al menos, el coloquio interrumpido nos ha dejado unos rasgos del concepto del Curso de Estado Mayor que obtuvieron estos interesantes personajes a base de integrar conversaciones aisladas de diferentes personas, principalmente profesores y estudiantes, aunque lo poco científico del método pueda llevar la sospecha sobre algunos de sus comentarios.

Lo que no parece equivocado suponer es que los que han sido fuentes de información de Gome y Lope, los moradores del número 61 del Paseo de la Castellana, estarán en condiciones de aportar sus propias conclusiones acerca del asunto tratado en el coloquio, algo que sería interesante se animaran a poner por escrito en tanto no se repite el extraordinario fenómeno que estas líneas han relatado.